

LA EMERGENCIA DE SUBJETIVIDADES SOCIOTÉCNICAS BAJO EL RÉGIMEN CORPORATIVO-EMPRESARIAL

José Arturo Magallanes Payán
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (México)
jose.magallanes@uacj.mx - <http://orcid.org/0000-0002-1872-2613>

Recibido: 30 de junio de 2024

Aceptado: 25 de octubre de 2024

Identificadores permanentes

ARK: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/gsf4idxh5>

DOI: <https://doi.org/10.62174/avatares.2024.9722>

|1|

Resumen

En este ensayo presento un panorama descriptivo y exploratorio del contexto sociohistórico de emergencia de una de las discursividades sobre la sociedad civil, en donde localizo el surgimiento de la y el *sujeto sociotécnico*. De esta manera, el objetivo de este trabajo es identificar las condiciones del surgimiento de las discursividades de corte empresarial a partir de la evolución de la gubernamentalidad en gobernanza, que es la aplicación de la lógica empresarial al máximo de la cuestión en la vida cotidiana. Es decir, cómo se va empresarializando lo social a partir de la introyección de las subjetividades y prácticas corporativo-empresariales. Esto da pie a la identificación conceptual y teórica de este proceso como la puesta en ejercicio de un discurso mediático identificado como mediolecto, estrechamente relacionado con la lógica de la moda y una ciudadanía vacía, hecho que implica el abandono de lo social en beneficio de individualidades hedonistas. El recorrido se plantea esquemáticamente de la siguiente manera: el surgimiento en el siglo XIX de la cuestión social, precedente de la biopolítica y la gubernamentalidad; para continuar con la Comisión Trilateral, que pone en funcionamiento la llamada globalización neoliberal y posmoderna; para terminar con el surgimiento de la gobernanza y las culturas digitales. Los efectos de todo este largo proceso los identificamos como sensibilidad minimalista y autismo perceptivo.

Palabras clave: gobernanza, modernidad, posmodernidad, realidades transaccionales, discurso

The emergence of sociotechnical subjectivities under the corporate-business regime

Abstract

In this essay I present a descriptive and exploitative overview of the sociohistorical context of the emergence of one of the discursivities on the civil society, where I locate the emergence of the *sociotechnical subject*. In this way, the objective of this work is to identify the emergency conditions of business-related discursivities based on the evolution of governmentality in governance, which is the application of business logic to the maximum of the issue of daily life. That is, how society is becoming entrepreneurial based on the introjection of corporate-business subjectivities and practices. This gives rise to the conceptual and theoretical identification of this process as the implementation of a media discourse identified as mediolectic, closely related to the logic of fashion and empty citizenship, a fact that implies the abandonment of the social in benefit of hedonistic individualities. The route is presented schematically as follows: the emergence in the 19th century of the social question, a precedent of biopolitics and governmentality, to continue with the Trilateral Commission that puts into operation the called neoliberal and postmodern globalization, to the end with the emergence of governance and digital cultures. We identify the effects of the entire long process as minimalist sensitivities and perceptual autism.

|2|

Keywords: governance, modernity, postmodernity, transactional realities, discourse

El surgimiento de la cuestión social

En el mundo moderno, que surge con el planteamiento de las ideas renacentistas en el siglo XV, se generan una serie de visiones y sensibilidades que hasta entonces no entraban en el imaginario del sentido común. Puede describirse esto como la entrada a una época en la que el dinamismo social emerge como la condición a seguir. En este sentido, sucesos como “el descubrimiento de América” en 1492, generaron una serie de acontecimientos en los que el cambio es uno de los factores relevantes para las subjetividades emergentes que empiezan a ser dominantes. Podríamos identificar estos sucesos, como el advenimiento de la primera globalización, aquella que hace de la industria naval su forma de actuar. Surge en contraposición con la visión medieval más involucrada con la persistencia de visiones cosmológicas estables, en las que “el principal mensaje religioso de los líderes heréticos era el rechazo de las innovaciones de las normas cotidianas de vida y culto” (Moore, 1987, p. 158). Estas prácticas se reconfiguran con el advenimiento de la modernidad. Según Touraine, durante el proceso modernizador

se ha impuesto la separación de un *Sujeto* descendido del cielo a la tierra, humanizado, y del mundo de los objetos, manipulados por las *técnicas*. [...] Ha sustituido la unidad de un mundo creado por la voluntad divina, la Razón o la Historia, por la dualidad de la *racionalización* y la *subjetivación* (1993, p.17).

En este trayecto de la modernidad se presenta otro proceso relevante que transformará la

sociedad occidental y los lugares conquistados y por conquistar: la revolución industrial (siglo XVII); surge con ello también la burguesía, clase social emergente asociada con la aplicación de medidas científicas para el manejo del comercio y la naciente industria:

El siglo XIV en Toscana y en Flandes y los comienzos del siglo XVI en Alemania tienen un sabor a revolución “burguesa” e industrial. Pero es recién a mediados del siglo XVII que este sabor se convierte en algo más que el condimento de un plato esencialmente medieval o feudal (Hobsbawm, 2007, p. 7)

Hablar de Revolución industrial, es hablar de algodón. Con él asociamos inmediatamente [...] a la revolucionaria ciudad de Manchester, que multiplicó por diez su tamaño entre 1760 y 1830 (de 17.000 a 180.000 habitantes) (Hobsbawm, 2001, p. 52)

En este naciente ámbito de actividades, el mundo laboral de las minas, de la industria movida por el carbón y las amplias jornadas laborales junto con los bajos salarios que solventaban la mera sobrevivencia, se imponía un cuadro de la sociedad en el que la opulencia y la miseria extrema convivían. En este sentido, de alguna u otra manera se reorienta el imaginario medieval, el de los señores feudales y sus subalternos, en donde el clero cumplía la función de guía espiritual total. En estas nuevas sensibilidades, de principios de la Modernidad, la nueva clase intelectual (que comprende a grupos de intelectuales como los enciclopedistas de la ilustración en París o la Royal Society en Londres), justifica del orden social imperante, prácticas y hechos que en el siglo diecinueve eran corporizados por la aristocracia y la burguesía. El mundo no social era el de la vida cotidiana, el que no encajaba en espacios respetables, era un mundo cuyas contradicciones alimentaban la violencia, la insalubridad y el consumo de una diversidad de satisfactores artificiales que eran parte del mismo contexto, entre otros elementos. Este mundo no social era reflexionado como parte de la naturaleza, no como parte de las cortes, de ahí que surgieran propuestas del tipo de la frenología.

Ahora bien, dentro de este contexto histórico del siglo XIX, los científicos sociales — término propuesto por Augusto Comte (1997) para todos aquellos que proponían cambios sociales utópicos que enfrentaban las realidades de sus presentes— empezaron a retomar la idea de igualdad, surgida durante la Revolución Francesa. Esta idea pretendía configurar la representación de ciudadanía dentro de un marco republicano de búsqueda y afianzamiento de los derechos civiles que sostuvieran una lucha contra las desigualdades sociales y políticas. En este siglo XIX,

las ciudades producen miedos: hambre, hacinamiento, epidemias, revueltas, son la marca común de una organización que se transforma de rural en urbana. El problema central consistirá en cómo reducir este desvío entre el nuevo fundamento del orden político y la realidad del desorden social, a fin de asegurar la credibilidad del primero y la estabilidad del segundo (Murillo, 2005, p. 197)

Es en esta intersección reflexiva en donde la “cuestión social” surge como un ejercicio en el que se encuentra un intento por acercar esos mundos, hasta ese tiempo ajenos,

entre lo social y lo político, entre el naciente ciudadano y el sujeto social.

De esta manera, los ideólogos sociales, los científicos sociales, médicos, filósofos, psiquiatras y toda aquella pléyade de estudiosos de lo citadino a través de la subjetividad burguesa se encargaron de pensar lo social y su cohesión. Estos preámbulos de “gestión” social, institucionalizan las fuerzas públicas, el cuerpo de policía, beneficencia pública, orfanatos, manicomios, cárceles judicializadas, lugares laborales para señoritas, y toda una serie de prácticas que Foucault (1976) identificó como “el gran encierro”.

Este gran encierro es un ejercicio que lleva emparejado la construcción de sujetos a los cuales se intenta conducir por la civilidad, la docilidad subjetiva y corporal. En este sentido, Robert Castel sigue que la cuestión social, la reflexión sobre las condiciones de vida reales, “se bautizó por primera vez explícitamente como tal en la década de 1830. Se planteó entonces a partir de la toma de conciencia de las condiciones de vida de las poblaciones que eran a la vez agentes y víctimas de la revolución industrial” (1997, p. 20). Es la experiencia epistémica de un reclamo que intenta mejorar las condiciones de vida de la población civil, desde lo económico, sanitario y securitario. Es la búsqueda de estabilidad ante las incertidumbres de la nueva planificación citadina, ello con la intención de lograr una vida mejor dentro de la comunidad social.

|4|

Realidades transaccionales y las experiencias del saber

Ahora bien, de la reflexión sobre la cuestión social, en este proceso de expansión de las subjetividades industriales, emerge una “realidad transaccional” que Foucault describe de la siguiente manera:

Se trata de lo que denominaré realidades de transacción, es decir; precisamente en el juego de las relaciones de poder y de lo que sin cesar escapa a ellas, de alguna manera en la interfaz de los gobernantes y los gobernados, nacen esas figuras transaccionales y transitorias que no son menos reales por no haber existido desde siempre, y que en este caso podemos denominar sociedad civil, en otro caso locura, etc. La sociedad civil, entonces, como elemento de realidad transaccional en la historia de las tecnologías gubernamentales, realidad transaccional que me parece completamente correlativa de esa forma misma de tecnología gubernamental que se denomina liberalismo [...] que esta ajustada a la especificidad de los procesos económicos. (2010, p. 337)

Realidad transaccional que logra captar una situación que se establece como un referente, en este caso la sociedad civil. Otras realidades transaccionales que menciona el mismo autor son; la sexualidad y la ciencia, por ejemplo, prácticas que inclinan en su favor la atención de los investigadores, misma percepción que anteriormente no se tenía, y que ahora se asociará a otros saberes no legitimados científicamente. En este sentido, las realidades transaccionales son aquellas experiencias del saber que, en determinados espacios y tiempos, atrapan una problemática que anteriormente no era percibida; es una nueva preocupación epistémica sobre una situación social que en la episteme o saberes de corte medieval no eran problematizadas.

Sin embargo, la realidad transaccional para poder producirse necesita de un

“acontecimiento” (Murillo, 2008, p. 12), ese tipo de proceso implica un cambio en la relación de fuerzas cuyo efecto es generado por un suceso o hecho social. En el surgimiento de la llamada cuestión social, es y fue la necesidad de encuadrar e imponer una visión y un orden que auxiliara en el desarrollo de una cotidianeidad apta a las regulaciones del mercado. Desde entonces, el mercado y su lógica han impuesto gradualmente el cambio de un razonamiento de orden social hacia uno de orden económico. De esta manera, el manejo de lo social, que en el surgimiento de las preocupaciones por las condiciones de vida de los más desvalidos y las ocupaciones de las recientes formas de disciplinar lo social eran dictadas por la conformación de una sociedad comunitaria, un tipo de sociedad que reconociera en el otro una posición de igualdad política y jurídica además de la social, se empieza a transformar en la sociedad sociotécnica de la actualidad.

Por otro lado, la igualdad económica es retomada por la lógica mercantil, se sostiene una situación en la que la adaptación a las nuevas formas de cotidianeidad industrial reencontraba los viejos estatutos, en los que los privilegios no se cuestionan. En consonancia con ello, el nacimiento de las disciplinas o las ciencias sociales emergen en este ámbito como un acontecimiento disciplinar en el cual el “otro” extraño, el peligroso, el bebedor, el incontinente sexual, el ladrón, el vagabundo y el desempleado crónico, la prostituta, y todos aquellos sectores de la población exentos de las benevolencias del nuevo orden, entraban en una lógica de extranjería, de exclusión social y, a la misma vez, de inclusión en los razonamientos que enfrentan el desciframiento de sus lógicas, de sus modos de actuar, de vivir, de procrear, de los modos en que se van degenerando sus prácticas, de sus condiciones de posibilidad, hasta el punto que chocan frontalmente con lo deseado por el nuevo orden cívico. Lo social desde el principio fue utópico.

|5|

Biopolítica y sociedad civil

Se estabiliza, por lo tanto, en el siglo XIX, un orden deseado racionalmente y justificado a partir del imaginario del liberalismo, que conjunta el Estado-nación con la sociedad civil. Esta racionalidad trajo consigo un aumento en la “calidad de vida”, pues con ella aparecen la educación pública, la medicina social, las jornadas laborales con menor cantidad de horas trabajadas, la psiquiatría, la demografía, la antropología y toda una serie de saberes que se integrarán al estudio de lo social. Ello, en combinación con los aparatos del Estado, pondrá en funcionamiento lo que Foucault categorizó y reflexionó como biopolítica.

Entendía por ello la manera como se ha procurado, desde el siglo XVIII, racionalizar los problemas planteados a la práctica gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: salud, higiene, natalidad, longevidad, razas. Me parece que no se puede disociar esos problemas del marco de racionalidad política dentro del cual se manifestaron y adquirieron su agudeza. En un sistema preocupado por respetar a los sujetos de derecho y la libertad de iniciativa de los individuos, ¿Cómo puede

tomarse en cuenta el factor población, con sus efectos y problemas específicos?
¿En nombre de qué y de acuerdo con que reglas se lo puede manejar? (2010, p. 359)

Esta biopolítica se constituirá a través y por medio de la acumulación de saberes individualizados, de sus prácticas de examinar. Al respecto, Jaques Donzelot (1979) afirma que

esa proliferación de las tecnologías políticas que van a actuar sobre el cuerpo, la salud, las formas de alimentarse y de alojarse, las condiciones de vida, encuentran su polo de unificación en lo que se llamaba entonces *la policía* [...], que englobaba todos los métodos de desarrollo de la calidad de la población y del poder de la nación [...] (p. 6)

Vemos, así, no una política de la verdad jerárquica y rígida, sino una organización de los saberes en consonancia con el proceso liberal. Es la puesta en ejercicio de unas prácticas de análisis que requerían aprehender las lógicas de la vida cotidiana, para así planificar e incidir sobre ellas. Son instrumentalizadas por medio de la encuesta y el examen (Foucault, 1998) de esas mismas prácticas y su racionalización, su proyección científico-social.

De esta manera, la ciudadanía que se intentaba planificar y disciplinar en el siglo XIX era primordialmente una invención del estatus cívico. Una invención nacida de un sinnúmero de hechos que ya se practicaban, un conglomerado de datos sin orden hasta la presencia de los saberes sociales disciplinares, que se transforma en un discurso oficial que construye sujetos y subjetividades.

Para orientar una óptica sobre la ciudadanía moderna, hay que tomar en consideración que las y los sujetos de una sociedad puedan ejercer sus derechos y obligaciones, que gocen de su práctica sin ningún tipo de trabas. En este sentido, en la formulación que ofrecen T.H. Marshall y Tom Bottomore (2005), se afirma que se sostiene en tres elementos: el civil, el político y el social. El civil conforma la adquisición de aquellos elementos que requerimos para la práctica de la libertad individual. El elemento político es el que nos proporciona los derechos para entrar o participar en el ejercicio del poder, ya sea como burócrata político o como elector. Y, finalmente, el elemento social, que es la adquisición de los derechos que nos aseguran el bienestar económico y todo tipo de seguridades que con ellos conlleva: pública, médica, educativa.

Son estas tres categorías las que configuran un imaginario de ciudadanía e inician, según Marshall, con la consolidación de las libertades individuales. Es así que, para la emergencia de la ciudadanía, la “cuestión social aparece pues, ante todo, como un déficit de la realidad social por relación al imaginario político de la República. Déficit consistente en falta de lazos comunitarios, sin que haya nada en su reemplazo que contenga los reclamos ni sostenga las apetencias de los ciudadanos” (Murillo, 2005, p. 197). De ahí que se emprenda la instauración de ese gran encierro del que nos habla Foucault, para disciplinar y de alguna manera orientar a la población en las nuevas artes de la gubernamentalidad, que desde la óptica de Murillo es el arte del buen gobierno, que “se vincula así con la recta disposición de las cosas para dirigirlas a un fin

conveniente, y ese fin conveniente ya no es el *bien común*, sino un *fin específico*. Para lograr esto serán menester *técnicas tácticas*, más que leyes” (2005, p.193).

En el mismo sentido, Castel afirma que “la cuestión social es una aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura” (1997, p. 20), así, los personajes que serán quiénes causan esas zozobras, esa angustia de un quiebre social son los vagabundos, los locos, los delincuentes, los infames, los que de alguna manera no entran y no están capacitados para afrontar los retos de la nueva sociedad que se está imponiendo. “La interdependencia cuidadosamente armonizada se veía amenazada por la presión de todos los que en ella no encontraban su lugar, ...”, señala Castel (ibíd., p 21), lo que nos indica una armonía que es ficticia en los hechos, pero en el imaginario social aparece una formación mental que intentaba resistir a que se presentara como una ficción. Una ficción que alejaba las incertidumbres de las subjetividades de los ciudadanos.

La presencia del término “cuestión” se debía a las búsquedas religiosas, morales, sociales, económicas, culturales y políticas de un orden que se estableciera en respuesta al mercado, que por sí mismo es un fenómeno inestable, y que dentro de su desarrollo influía e influye en todos los otros ámbitos de la vida cotidiana. En relación con ello, lo “social”, afirma también Castel, “consiste en sistemas de regulación que no son los del mercado, instituidos para tratar de llenar esta brecha” (ibíd., p. 20). Esta brecha fue y es producto del sistema de pensamiento en configuraciones sociales de lógica industrial; conllevan otros intereses que los de la sociedad y sus sujetos, estos ocupan un lugar en sus actividades sólo como instrumentos de acción para reforzar el mismo proceso de industrialización.

Así, de esta manera, la cuestión social y sus reclamos se convertían en la constante formulación y su crítica sobre la situación y lugar que ocupan las poblaciones más alejadas de los beneficios que ofrecía la industrialización en las grandes ciudades.

Emergencia de la ciudadanía sociotécnica

La cuestión social y la sociedad civil como realidades transaccionales, con la llegada de la industrialización contemporánea, con sus lógicas globales y flexibles, requiere de sujetos al alcance de sus metas, de un ciudadano que comparta sus subjetividades, que encarne las disposiciones necesarias para mantener en acto el modelo sociotécnico; de este modo, se va perfilando un tipo de ciudadanía global. Ahora bien, de esta manera y, alrededor de la misma lógica,

el concepto de “paradigma sociotécnico” alude a un modelo de desarrollo que incluye un conjunto de procesos tecno-productivos y una organización del trabajo, pero además un régimen de acumulación y un modo de regulación (Alburquerque Llorens *et al.*, 1990, p. 14). Un paradigma productivo imbrica la totalidad de relaciones sociales, pero también determinadas relaciones territoriales. Articula diversas esferas: productiva, comercial, financiera, de consumo e institucional, cuya regulación es un proceso sociopolítico de raíz nacional e internacional. Asimismo, un paradigma implica formas de conocimiento y modos de circulación que varían socialmente. (Murillo, 2008, p. 55)

Este modelo, en la actualidad, es la puesta en práctica de subjetividades globales y flexibles en los nuevos modos de producción, más integrados con el desarrollo tecnológico de la electrónica, de donde surge lo que serán las culturas digitales. En esta puesta en escena del paradigma sociotécnico, los saberes se convierten en la forma empresarial individualizada, donde “las características del nuevo paradigma sociotécnico requerían de sujetos flexibles en los que la ilusión de libertad y autonomía indujese al imaginario espectro del consumo sin fin” (Murillo, 2008, p. 94). Un sujeto necesario para la puesta en práctica de las nuevas tecnologías y sus lógicas sociales. Unas lógicas que incluyen un lenguaje cotidiano que presupone un manejo técnico del sujeto informado, en donde la competitividad adopta el giro ético contemporáneo. Además, este ciudadano sociotécnico adquiere la cualidad de discriminar o invisibilizar la otredad alterna.

El nuevo paradigma sociotécnico requiere de la integración desde la fábrica hasta el usuario. La “nueva integración” ya no supone una construcción de carácter colectivo. Ya no implica la idea de “justicia social” ni la del lazo moral que une a todos los ciudadanos. Por el contrario, la nueva integración sólo existe en cuanto los sujetos se constituyen en “consumidores”, para lo cual es fundamental el surgimiento de nuevas formas de moral y de justicia, que ya no están sustentadas en la idea de ley universal. Así, el proceso lleva a la valoración positiva del individualismo y la competencia, el desbloqueo del pragmatismo jurídico, la fragmentación social y la esencialización ontológica de la desigualdad a nivel social e internacional. (ibíd., p. 57)

|8|

Son las prácticas de valor y justicia de la Modernidad de finales del siglo XX, articuladas con la emergencia de las subjetividades posmodernas. Es la puesta en práctica de discursividades globales, tanto territorial como subjetivamente; esta es encarnada por medio de pronunciaciones mediáticas, académicas, religiosas, políticas y culturales que se convierten en clichés sociales. Es así como este paradigma sociotécnico global toma como propio el uso abstracto de la razón en un presente continuo, en el cual,

la destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres de este final de siglo crecen con una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en que viven. (Hobsbawm, 1998, p.13)

De esta manera, surge el *mediolecto* especular, un determinado tipo de discurso en el que se presenta un paulatino deterioro de la memoria histórica, conformada por la institucionalización de los procesos de construcción del Estado y colectiva, los procesos de estabilización y reproducción de los procesos culturales y sociales, así como las creencias y valores compartidos. Por otro lado, se reconfigura la memoria

individual, aquella que es asumida de manera personal para gestionar los procesos sociales que acontecen en la vida cotidiana. Este tipo de memoria se estabiliza y estandariza en la red de la informática, en las modas medioambientales, por ejemplo, en aspectos como, el calentamiento global, la matanza de ballenas y pingüinos, las telenovelas, el deporte, el linchamiento mediático a la izquierda, la seguridad o inseguridad, el desempleo, etcétera. Son componentes mediáticos y lingüísticos que dificultan recomponer un proyecto político o de vida a largo plazo. Se perciben de manera diferenciada y no en conjunto. En este sentido, el acontecer individual y cotidiano configurado para reaccionar primordialmente a un persistente presente vive en constante incertidumbre, lo que lo hace vulnerable al olvido y al abandono de proyectos a futuro.

En este estado de cosas, es admisible y probable caer en una colectivización de la sensibilidad, mismo, nos puede conducir al olvido de lo político social y a una configuración de un determinado tipo de *ciudadanía vacía*. Ahora bien, para que este proceso se presente, será necesario individualizar al sujeto por medio de una serie de prácticas que lo encaminen a preocuparse por sí mismo, un prototipo de individualismo narcisista. Una formación discursiva que etiqueta la reciente sensibilidad necesaria para la globalización. Formación discursiva que refiere a “un conjunto de reglas, anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y en el espacio, que han definido una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa” (Castro, 2004, p. 140). En este sentido, Lipovetsky afirma que:

[É]l hombre individual se toma por fin último y sólo existe por sí mismo, [...] con una aspiración sin precedentes por el dinero, la intimidad, el bienestar, la propiedad, la seguridad. Cada vez más absortos en preocupaciones privadas, los individuos se pacifican no por ética sino por hiper-absorción individualista: en sociedades que impulsan el bienestar y la realización personal, los individuos están más deseosos de encontrarse consigo mismo, de auscultarse, de relajarse en viajes, música, deportes, espectáculos antes que enfrentarse físicamente. (1996a, pp. 192-199)

Este discurso sobre el individualismo narcisista se utiliza tanto dentro de la academia como en la sociedad civil, se le puede identificar también como egoísmo narcisista y puede enmarcarse en un tipo de egoísmo hedónico-consumista. Ante esto se prefigura y se presenta un giro discursivo, en el que el “discurso puede comprenderse como un complejo conjunto de actos lingüísticos simultáneos y secuencialmente interrelacionados, actos que se manifiestan a lo largo y lo ancho de los ámbitos sociales de acción” (Wodak, 2003, p. 205). Este giro se adhiere al fenómeno de la moda, mismo que coloniza a la sociedad civil a través de sus usos y prácticas cotidianas. En este sentido:

Al exacerbar las pasiones individuales, la moda plena se inclina hacia la indiferencia hacia el bien, hacia el bien público, a la propensión a la “cada uno para sí”, a la prioridad otorgada al presente sobre el porvenir, al ascenso de los particularismos e intereses corporativistas y a la disgregación del sentido del

deber o de la deuda respecto a la globalidad colectiva. Un movimiento de la corporativización social que corresponde ciertamente a un contexto de crisis económica, pero también a la nueva era del individualismo reconfigurado por la forma moda. (Lipovetsky, 1996b, p. 201).

De este modo, al estar dentro de la dinámica moda, se reafirma un juego que se articula con una determinada racionalidad pasional, en la que el tiempo existencial es el instante que instrumentaliza las dimensiones temporales del futuro y el pasado para un consumo feliz. Esta atomización ciudadana es útil a la disgregación del pensamiento social en favor de un hedonismo capaz de regirse por normas un tanto conservadoras, que son acordes con un mundo de vida que disgrega la vida social, pero que paradójicamente la une tecnológicamente.

Ahora bien, retomando el sentido de la “moda” y sus giros, conducen y condicionan una práctica social o comunitaria en un sentido endeble, como una práctica ligera, como un *fitness* mental al que únicamente le hace falta estar en forma para ser objeto visible, y que no se está a la deriva de los discursos más mediatizados y masivos. Por ejemplo, esta lógica se manifiesta primordialmente a través de un fenómeno denominado “la occidentalización del oriente”. Suceso este que se hace acompañar por formas de pensamiento orientales importadas a la cultura occidental —si es que la cultura occidental no está en todo el mundo, y esto no vendría a ser más que una simple redundancia—, formas mentales milenarias que son inculcadas con afanes comerciales, son sintetizado de tal manera que su enseñanza y aprendizaje se asemejan a la forma occidental de educación, *fast food*, *fast mind* y en seis meses usted aprenderá lo que a los asiáticos les ha costado milenios.

De acuerdo con lo anterior, a través de esas técnicas o aficiones a la superación, hoy se pregona un individualismo, un dictado de la conciencia, que irremediamente nos acerca al “no hay más”, a un metarrelato (Lyotard, 1990) de las circunstancias cotidianas de la vida, su control y organización indolora. En vez de un relato total moderno como el liberalismo, el cristianismo o el progreso, el metarrelato que se observa en la actualidad es el del consumo permanente como artífice de la felicidad, pero sin un futuro al que llegar como el que nos prometían esos grandes relatos. Lo que aparece es un pronunciamiento sobre la flexibilidad, la adaptabilidad, la globalización, la transparencia y la información constante como vehículos de estos elementos posmodernos, que son parte del gran relato del neoliberalismo. Es un tipo de información creada y dirigida por profesionales de la información, de los medios, como un recurso para su reproducción perenne.

De esta manera, al estar constantemente atentos a la información de profesionales (aunque no precisamente de la información) se nos dictarán pautas de comportamiento “políticamente correctas” de actuar en sociedad (individualizadas). Así, la capacidad de pensar, la del juicio crítico sobre el pasado, como un recurso, se abandona; existe un encasillamiento en un presente permanente, con una capacidad de planeamiento de corto alcance y una memoria individual y colectiva que lo más que retiene (de acuerdo con el presente permanente) es el eterno retorno de lo mismo, el reciclaje adaptado para transformarlo en moda efímera.

Esta lógica estructural contemporánea, la moda, es todo aquel pensamiento o esquema caracterizado por ser superfluo, leve, efímero, ávido de un saber que no torture, que no

cueste trabajo y que se lleve bien con él mismo, con el trabajo, mismo esquema que nos proporcionan las recetas para ser más eficaces y felices, desde la escuela, el trabajo, la familia, etcétera. Situaciones éstas en donde las “pequeñas cosas” que nos vinculan una y otra vez a la vida natural, la de la especie, la de los sentidos, la de las visiones catastróficas o de fracaso, o el mismo hastío de la programación mediática, tiendan a pasar desapercibidas, invisibilizadas discursivamente. Se opera una reprogramación, que la significa a la vez como una “segunda naturaleza”, la cual para su progresiva presencia es ocultada, para no criticarse comúnmente, bajo capas y capas de limpieza semántica, de acuerdo con el mediolecto corporativista global.

De esta forma, la vida mental de corte hedónico-individualista actual retorna a las dicotomías disyuntivas y reduccionistas (simplicidad) que limitan el discurso, el lenguaje, el habla, a dos opciones, donde el justo medio Aristotélico se desvanece y las gradaciones se inhiben como ambiguas, sin seguridad de posición alguna. No se es nadie o se es de manera mediocre.

Esta situación, en la que la expresión corporal y su estructuración, incluyendo el tono de voz, la mirada, el semblante y la manera en que uno se dirige al otro —por ejemplo, con una amabilidad exenta de emoción alguna, con lo que dirigen y aligeran el acto mental de pensar, y lo llevan a una seguridad fugaz siempre pendiente del próximo ofrecimiento informático, o la simple amabilidad hacia cauces individualistas—, es en la que uno procede a escoger, a la carta, lo que se ofrece, qué artículos se adecuan más a mis “preferencias” o a mi personalidad.

Desde esta perspectiva, las subjetividades y prácticas en la vida cotidiana tienden a configurarse como individualistas, y son acompañadas por una percepción de la vida cotidiana influida por normas mediáticas. Estas normas mediáticas se articulan con otras áreas de la vida, como las laboral, psicológica, académica y social, de donde surgen subjetividades posmodernas flexibles.

Por otro lado, dentro de este paradigma posmoderno, se incrementa la práctica de cuidarse mucho a sí mismo —individualismo—, recibir fórmulas del cuidado de sí mismo, donde el conocerse a sí mismo es por obra y dictado de otros, de una concepción y guía sin crítica, de creencia. Un “yo” que se cuida mucho siguiendo los consejos de otros, prescripciones y recetas, imágenes dictadas por los mismos gurús del marketing autocomplaciente. Este cuidado de sí se acompaña de un conocerse a sí mismo, víctima de categorías del saber, que mayoritariamente son percepciones visuales dictadas por las modas del momento. Es el paradigma de narciso, que necesita constantemente ser constatado por el espejo de los otros y por el objeto que refleja fielmente la imagen propia, el espejo mismo. De acuerdo con Melchior-Bonnet,

el espejo “matriz de lo simbólico” acompaña la búsqueda de la identidad [...] Verse en el espejo e identificarse exige una operación mental mediante la cual el sujeto (o individuo) es capaz de objetivarse y separar el interior del exterior, operación que puede llevarse a cabo si con éxito el hombre ha reconocido al otro como a su semejante y si puede decirse a sí mismo: yo soy el otro del otro. (1996, pp. 16-17)

Junto con las formaciones discursivas mencionadas anteriormente (globalización y neoliberalismo, las dos dinamizadas por medio de la informática y el individualismo),

dentro del área académica el rescate de este imaginario lo propone el pensamiento del posmodernismo. Este posmodernismo es un modelo de pensamiento cuyas características desarrollan

un grupo de teóricos franceses que llegaron a ser conocidos durante los años setenta en el mundo de habla inglesa bajo el rótulo de “posestructuralistas” [...], ellos enfatizaron el carácter fragmentario, heterogéneo y plural de la realidad, negaron al pensamiento humano la capacidad de alcanzar una explicación objetiva de esa realidad y redujeron al portador de este pensamiento, el sujeto, a un incoherente revoltijo de impulsos y deseos sub y transindividuales (Callinicos, 1989, p. 11).

Ahora bien, esta formación paradigmática posmoderna y sociotécnica construye una realidad transaccional novedosa, que persigue una forma particular de hacer política, una sola forma de expresión política. Para ello, se ha servido de la llamada globalización, que pasaría por la instantaneidad en las comunicaciones y la parcelación de los modos de producción por todo el mundo. Debido a ello, y como consecuencia de la explosión en las maneras de expresar la información, ésta ha devenido paulatinamente en espectáculo. Su expresión intenta generalmente atraer la atención hacia discursos *soft* que no cuestionen maneras de ser que hagan volver la mirada hacia a la vida cotidiana. Por otro lado, esta, si se pudiera decir “devaluación” de la información y la vida cotidiana, se hace menos por el hecho paradójico de la oferta de una gran cantidad de esta sobre demasiados temas, tanto así, que, debido a la saturación de información, ésta se diluye en la superficialidad de la nota rápida, del comentario, asemejándose en esto a la hiperactividad de un juego de video.

Por otro lado, este modelo de racionalidad mediático-empresarial (posmoderno) se manifiesta por la constante proyección de un pensamiento que se aleja de las condiciones de producción de él mismo para relanzarse a la producción aséptica de él, es decir, en un alejamiento de la cotidianeidad para introducirse en un mundo de abstracciones sobre futuros calculables y políticamente correctos.

En política, esto se manifiesta en la paulatina democratización del mundo. En donde la clase política toma en su poder la representación de lo político a través de los partidos, dejando como única participación ciudadana el simple voto. Es necesario hacer notar que la forma espectáculo viene dándose también en la política. Esta observación la ofrece Guy Debord (2005) desde 1968, dentro de un movimiento llamado situacionismo, para analizar la realidad que les rodeaba, la situación en la que estaban inmersos. Una realidad que engloba la unidimensionalidad del pensamiento.

Vemos así que la formulación del llamado pensamiento unidimensional redundante en cuatro esferas de lo social; bajo el estigma de la globalización, el sistema económico neoliberal, el académico con el encapsulamiento en la posmodernidad y la política en el discurso democrático representativo por medio de partidos políticos, la mediocracia. Son cuatro tipos de discursividades que paulatinamente se están transfigurando en hegemónicas.

Estos discursos constituyen maneras de exponer la perspectiva tendiente a favorecer conductas y pensamientos que reproducen las llamadas “éticas empresariales” (Boltansky y Chiapello, 2002, p. 115), que se manifiestan por aquellos comportamientos

que negocian su entrada en el mundo a través de la internalización de estas éticas, según sea en mayor o menor medida de éxito o fracaso. Para ello, es fundamental adoptar un individualismo centrado en sí mismo y alejado de las relaciones sociales. Es decir, aquel que nos instaura en una especie de autismo social, la rehuída hacia el yo unipersonal.

Conclusión

Podemos complementar las ideas expuestas aquí con el análisis de las llamadas culturas digitales y de cómo éstas contribuyen al fortalecimiento de actitudes y prácticas sociales que se intentó describir y analizar en este ensayo; sin embargo, podríamos afirmar que son (las culturas digitales) la última etapa de la dimensión neoliberal, de exacerbación de un tipo de individualismo narcisista, en la cual, por ejemplo, la idea de gubernamentalidad que propone Foucault es relevada en términos conceptuales por la de gobernanza. Este relevo lo identificamos con la puesta en práctica del emprendimiento, el convertir la vida de uno mismo en una empresa, se impone una hegemonía, tanto discursiva como práctica, de su racionalidad, ejercicio denominado “gestión”. Dicho término ha sido tan impactante como obnubilador de sus lógicas, tanto espacial como institucionalmente. El de gestión es un concepto que conlleva la lógica corporativo-empresarial hasta el último rincón de las relaciones comunitarias o de lo social, desde las organizaciones de la sociedad civil hasta la organización de los programas educativos. En la vida cotidiana, laboral y académica la gestión de competencias y aprendizaje por proyectos dictan las formas de organizar tanto a la sociedad con carencias como a las formas de adquirir los aprendizajes deseados por las instituciones. Ejemplo mayúsculo de esto es el examen PISA y la desaparición de asignaturas como Ética y Filosofía, entre otras, a las que no se les ve utilidad dentro del mediolecto emprendedor.

Concepciones dentro de este mediolecto y que son gestionadas global y mediáticamente son las de flexibilidad, buenas prácticas, transparencia, incentivación, competencias, gestión, entre otras, que son como los conductores de imaginarios empresariales en todas las actividades de la vida cotidiana. Un estudio relevante de este manejo de discursividades empresariales que se desperdiga por lo social es el que nos propone Brown (2015) en *El pueblo sin atributos*. Ella nos ofrece el giro teórico y discursivo entre la gubernamentalidad y la gobernanza, donde podemos argumentar teóricamente cómo tiene lugar el paso del régimen moderno al posmoderno. Ahora bien, en este último régimen aparece otro elemento teórico clave para desarrollar una crítica a este proceder neoliberal. Es el que trabaja Slavoj Žižek (2008), la idea de pospolítica, que desarrolla en *El espinoso Sujeto y En defensa de la intolerancia*. Es el secuestro de lo político por las élites económicas e intelectuales, en cuyo marco se adopta la lógica de la gestión empresarial para la cuestión de lo político.

En relación con la construcción de las culturas digitales, y cómo éstas se implantan en los cuerpos, Zuboff (2020) hace referencia a un capitalismo de vigilancia, que crece a través del uso obsesivo de los aparatos electrónicos en conjunción con las redes sociales; para el caso específico de su análisis, Zuboff trabaja con Google y la implementación de algoritmos individualizados que, parece ser, saben más de nosotros que nosotros mismos. Este ejercicio de las culturas digitales, y exagerando un poco la propuesta teórica, hace desaparecer el llamado capitalismo para ser reemplazado por un

capitalismo de plataformas y el surgimiento de una clase social, la clase vectorialista (McKenzie, 2021).

Estas propuestas teóricas se utilizan para lo que este ensayo se propuso y, como su complemento o continuación, el surgimiento de un modelo social de reflexividad, el paradigma sociotécnico, que emergió cuando determinados eventos se organizaron en torno a la lógica económica global en 1973, con la Comisión Trilateral y la organización global de su visión, que se acentuará con la llegada del llamado Consenso de Washington, que encamina el neoliberalismo global. Ahora bien, ¿cuáles son las consecuencias de esto para los ciudadanos, para el sentido común, para las prácticas cotidianas y para la organización social y el individualismo narcisista? Parece ser que las consecuencias son las que podemos conceptualizar como sensibilidad minimalista que nos puede llevar a un autismo perceptivo.

Referencias bibliográficas

- Boltansky, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Ediciones Akal.
- Brown, W. (2015). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso Ediciones
- Comte, A. (1997). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Alianza Editorial.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*. Paidós Editorial.
- Callinicos, A. (1989). *Contra el posmodernismo*. Biblioteca Militante Ediciones.
- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Debord, G. (2005). *La sociedad del espectáculo*. Editorial Pre-Textos.
- Donzelot, J. (1979). *La policía de las familias*. Editorial Pre-Textos.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la locura en la época contemporánea I*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad, tomo I. La voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2010). *El nacimiento de la biopolítica. Curso del College de France, 1978-1979*. Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Crítica Editorial Mondadori.
- Hobsbawm, E. (2001). *Industria e imperio. Historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días*. Editorial Crítica.
- Hobsbawm, E. (2007). *En torno a los orígenes de la revolución industrial*. Siglo Veintiuno Editores.
- Lipovetsky, G. (1996 a). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, G. (1996b). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Editorial Anagrama.
- Liotard, J.F. (1990). *La posmodernidad. Informe sobre el saber*. Editorial Gedisa.
- Marshal, T.H. y Bottomore, T. (2005). *Ciudadanía y clase social*. Editorial Losada.
- Menchior-Bonnet, S. (1996). *Historia del espejo*. Editorial Herder.

- Moore, R.I. (1987). *La formación de una sociedad represora. Poder y disidencia en la Europa occidental, 950-1250*. Editorial Crítica.
- Murillo, S. (2005). La gubernamentalidad urbana: La mutación desde una protopolítica científica, hacia el gerenciamiento de los riesgos y la denegación. En *Nuevas identidades urbanas en América Latina*. Espacio Editorial.
- Murillo, S. (2008). *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina: El caso argentino desde Blumberg a Cromañón*. Clacso Editorial.
- Touraine, Alain. (1993). *Crítica de la modernidad*. Ediciones Temas de Hoy, S.A.
- Wark, M.K. (2021). *El capitalismo ha muerto. El ascenso de la clase vectorialista*. Holobionte Ediciones.
- Wodak, R. y Meyer, M. (2003). *Métodos del análisis crítico del discurso*. Gedisa Editorial.
- Zizek, S. (2001). *El espinoso sujeto: El centro ausente de la ontología política*. Editorial Paidós.
- Zizek, S. (2008). *En defensa de la intolerancia*. Ediciones Sequitur.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Editorial Paidós.